

ALFONSO REYES O LA CONCIENCIA DEL OFICIO

La sola mención de las palabras "Obras Completas", tiene una resonancia de panteón, un fúnebre regusto de cosa finiquitada de una vez por todas sin aquel acucioso "continuará" de los folletines de mi infancia, donde perduraba latente lo mejor de la novela, en la infinita posibilidad de sus virtualidades. Las "Obras completas" suponen el final del viaje, incluido el retorno, si es que lo hay, y eliminan los arrepentimientos tardíos, las tachaduras, el derecho al "borrón y cuenta nueva" tan característicos de la juventud. En ellas queda dicho lo que queda dicho, y el propio autor, si aún vive, puede verse en patético espectáculo tal como fue, tal como continuará siendo —si continúa— en la siempre para él desoladora oposición con sus primeros sueños, con sus anhelos iniciales. Pero esas mismas "Obras Completas", anunciadoras de la última madurez, pueden servir también de cotejo de una transformación espiritual, tantas veces corroboradora de la lealtad para con uno mismo, y para que su autor advierta tras de tantos desasociados y quebrantos, cómo su vivir no careció totalmente de sentido, y en medio de tantas y tantas páginas dolorosamente elaboradas, aparecen salvándose, inesperadamente las únicas que llegaron solas a posarse en sus manos, como esa donación magníficamente gratuita, propia de cada primavera.

Si cada vez que alguien se pone a hacer un poema tuviera conciencia de estar —como está— escribiendo una página de sus futuras "Obras Completas", se sentiría cohibido hasta la inhibición por la responsabilidad del instante, y por la ignorancia abrumadora acerca del plan secreto e insospechable resultante de esas mismas Obras una vez terminadas. Y aun conociéndolo, ese mismo plan le restaría espontaneidad, sometiendo su libre impulso momentáneo a exigencias externas. Porque cada poema aspira a conseguir una plenitud de presente, a convertirse en epicentro de toda la Poesía, cuanto más de la particular de su autor, aunque la realidad opine de otra manera, puesto que lo ve, a un mismo tiempo, como la

justificación de sí propio que está tratando de ser y como célula de un organismo más vasto en su alcance expresivo.

Resulta curioso el escondido movimiento dialéctico, transformador de la imprescindible plenitud íntima soñada por cada poema, al convertirlo sintéticamente en auténtico elemento del organismo total por él insospechado. Pues dentro del conjunto de todo lo escrito por un autor, quedan incluidos poemas indignos de ser coleccionados más tarde, no tanto por su falta de calidad —suele ocurrir todo lo contrario— cuanto por su escasa necesidad en la arquitectura tardíamente revelada al abarcar en mirada compendiadora los diversos planos del conjunto. Pueden resultar elementos incrustados, cuya prescindencia mejora la salud del organismo que los excluye, e incluso los beneficia con la segregación que los libera de afrontar la solidaria diferencia de los otros. La lectura de las "Obras Completas" por el propio autor debe estar llena de dramáticos y desconcertantes hallazgos de esa clase.

Pero puede suceder, también, el milagro callado, adicional al milagro poético, mediante el cual, de una manera oculta, haya poetas dotados de un sentido capaz de hacerles prever en cada poema y en la medida de su instantáneo fluir, la totalidad que justificará, justificándose, acondicionándose vitalmente a sus exigencias, con esa pasmosa eficacia de las células embrionarias, en cuyo desarrollo aparentemente ciego, vela la posterior arquitectura de un ser en ellas latente y por ellas desconocido.

Creo que pocos, o acaso ningún poeta de nuestro idioma haya estado nunca tan bien dotado de tan recóndito sentido como Alfonso Reyes. Claro está que en él se aunan en increíble equilibrio el poeta de finísima sutileza verbal, con el erudito cuya sagacidad husmea con inteligente perspicacia los valores literarios, provisto de tal objetividad que le posibilita el sopesamiento de sus propias obras como si fuesen ajenas, como premio a la generosidad de haberse interiorizado antes en las ajenas con el lúcido entusiasmo reservado casi siempre a las propias.

Al releer ahora la integridad de su "Obra Poética", se advierte de inmediato la presencia de esa ánima ordenadora encerrada en sus versos, realizando un trabajo también aparentemente ciego al disponerlos con cautela dentro de sus estrofas, sin dejar de prever el secreto equilibrio capaz de transformar la totalidad del poema en una estrofa más amplia, integradora del Poema Completo, configurado al correr de los días por su obra poética. A veces, las tales Obras Completas de las que comencé hablando, resultan ser un centón heterogéneo resultante de zurcir retazos dispares, de allegar tentativas inconexas cuyo ensamble sólo obedece a una fatalidad tipográfica o cronológica, presidida por el nombre de quien invirtió generosamente su vida en sucesivas arremetidas contra lo al final reconocido como imposible, y pueden incluso configurar el plano de batalla de una honrosa derrota; pero en la Obra Poética de Alfonso Reyes sucede todo lo contrario, y nos va revelando la lúcida gracia de su crecimiento, desarrollando en el tiempo la lenta espiral, cada una de cuyas volutas proviene de la flexible armonía de las anteriores y se distiende hacia la mayor amplitud de las surgidas de la felicidad de su esfuerzo.

No es menuda ventaja para ello que el ordenador sea el propio poeta, tan en lo suyo en el manejo delicado, entre de relojero y de botánico, de quien hizo su oficio del manipuleo respetuosamente regocijado de las fragilidades vivas de lo poético. Con qué limpieza de conciencia se adelanta en la primer página del prólogo a decir estas simples palabras: "Este libro es mi obra poética, salvo algunos versos castigados, que omito por ciertas razones". El pudoroso recato que le fuerza a omitir "por ciertas razones" reservadas al fuero íntimo, esos "algunos versos castigados", cuyo castigo de seguro debe dolerle más al propio castigador, y la simple presentación de quien ofrece a sus hijos: "este libro es mi obra poética", todo ello desborda encanto por la sinceridad que trasciende de la expresión, y esa sinceridad, a su vez, no dimana de la vanagloria casi siempre vocinglera del poetastro al proclamarse genio por derecho propio, ni del reconcomio de quien se escuda en una actitud de enconada

modestia defendiéndose de la ajena incompreensión que tan sospechosamente le hiere, sino que surge felizmente luminosa de la vívida conciencia del propio oficio, sin alardes, con esa majestuosidad viril del roble que se siente roble, en cada veta de su tronco, en el verde tierno de su follaje primaveral, en la rotunda concisión de sus bellotas, sin pretender que nada de ello constituya más mérito que el de ser ortiga la ortiga.

"Por ahora —nos dice— me he limitado a releerme lápiz en mano, suerte de repaso con asomos de contrición, a objeto de poner en orden mis papeles". Y nos enumera enseguida las siete razones que a ello le movieron, todas ellas de simple archivero erudito, de ordenador incansable, de celoso y pulcro enemigo de erratas, carpador de su jardín para dejarlo libre de malezas. ¡Quién pudiera como él alcanzar el merecimiento de convertirse en erudito de sí mismo, en reflejar las luces del entendimiento en su propia obra, y hacerlo lápiz en mano, sin que los asomos de contrición cohiban el acumulamiento mercedísimo de sus nutridas cuatrocientas páginas!

Esta especie de examen de conciencia, la encuentra limpia de malas intenciones, salpimentada a lo más por algunos deliberados pecados veniales, porque Alfonso Reyes está muy lejos de ser un puritano ni un purista. Prefiere como él mismo dice:

Algo de ganga en el oro,
algo de tierra sorbida
con la savia vegetal;

pero el tener certidumbre de esa impureza, y saber dosificarla para que realce justamente la ganga al oro es uno de sus no menores méritos, porque no deja librada al azar la proporción ni el sentido de lo extraño.

Al revés de los surrealistas cuando pretenden escribir al dictado de lo subconsciente, entre cuyos versos resulta tan tristemente cómico sorprender in fraganti a la conciencia dando su soplo de traspunte mientras trata de pasar inadvertida, Alfonso Reyes aparece como el poeta de juego limpio, sin el menor reparo en dar al

César, es decir, a la conciencia, lo que es del César, y agradeciendo a Dios el regalo de lo que de El proviene, es decir, de lo inspirado. Aun cuando en sus últimos sonetos, se le impone el sentido trágico de la muerte, nunca abandona el gesto regidor que conduce al verso rectamente hacia el destino por él señalado, sin dejarse imponer ni siquiera por la grandeza u hondura del tema. Porque la conciencia del oficio es de todas sus virtudes la más evidente, una conciencia que subordina a su servicio la capacidad ordenadora y la fresquísima intuición, utilizadas en su juego de seguridad y señorío, fácil de adivinar tras la actitud de leve ironía, disimuladora del esfuerzo y su importancia, para presentárnoslo como ejercicio de pasatiempo y entretenimiento de la vida, justificador de su vulgaridad cotidiana, mediante el descubrimiento de ciertos traslucos reveladores de un inesperado sentido nada vulgar en ella.

Alfonso Reyes nos da muchas veces la impresión de una poesía casi conversada, de aparente facilidad, y es entonces cuando nos brinda lo más raro de su ingenio, en el libro que titula *Cortesía*, donde revive aquella buena costumbre de los grandes maestros cuyas más pulidas estrofas no desdeñaban ser empleadas para poemas de circunstancias, injertando así lo poético en la amistad, transfundiéndolo mutuamente sus juegos, vitalizando lo poético y dando jerarquía y nobleza a las relaciones con sus paraiguales. No es precisamente una resurrección de la epístola, de tan alta estirpe en nuestra lengua que cuenta entre sus poemas más perfectos la famosa "Epístola Moral a Fabio" del Anónimo Sevillano, sino algo más próximo a la prestidigitación, al juego de destreza para despertar el ánimo y aproximar al goce, utilizando los medios de que dispone como el titiritero de la leyenda para hacer sonreír al Niño en los brazos de la Virgen. Quien tan a sabiendas maneja sus dones puede utilizarlos siempre sin desdoro y no necesita mantenerse en el empaque dignísimo de quien debe recatar sus méritos, porque acaso no puedan resistir el manoseo del vivir cotidiano sin perder sus levísimos dorados.

Su conciencia literaria en perpetua vigilia ya está allí antes de

manifestarse la sustancia poética que debe ordenar, constituyendo la geometría del panel donde será posible acumular la densidad de sus mieles provenientes de idéntico jardín. Porque en él no es posible trazar una delimitación precisa separadora de lo intuitivo poético por un lado y de la inteligencia consciente por el otro: ambas provienen de una misma facultad de conocimiento deslumbrado. Alfonso Reyes conoce como nadie los secretos de la retórica, o incluso parece hallar un evidente regocijo en multiplicar sus dificultades, complaciéndose en algunas que yacían olvidadas, como cuando utiliza esos versos mutilados, a los que le falta la última sílaba, empleados entre otros por Cervantes, o en proponer otras nuevas que improvisa para su uso particular por medio de inesperados retorcimientos prosódicos, ya eludiendo el empleo de la sinalefa en todo un poema, ya forzando sus acentos al improvisar arbitrarios esdrújulos:

Que juro por esta tierra-y
por este mar que nos mira,
no apearme del estribo-si
no encuentro posada digna.

Se le siente el goce experimentado en ese disloque de palabras, utilizadas como tales palabras para su burla, uniéndolas y volviéndolas a juntar como la gota de mercurio en la mano trémula y feliz del niño que la sopesa. El unirlas según un ritmo proveniente de muy adentro, de hondísimos hontanares del sentir, o de muy afuera, de la pura musicalidad de la jitanjáfora, constituye para él un juego cuyas reglas están dictadas por la misma felicidad: observar el crecimiento vegetal de un ritmo. Cuando el poema parece independizarse demasiado, lo llama al orden dentro de un púdico paréntesis, que parece provenir del "No te remontes, muchacho" de Maese Pedro. Habla con su propio poema como con un hijo:

(Canción: otra vez divagas.
Ten cuenta con lo que dices).

Nadie más alejado de la pedante actitud de la falsa sabiduría: como la de él es auténtica, puede prescindir de todo envaramiento guardador de distancias, y se permite utilizarla en el retozo, a sabiendas

de no estropearla ni comprometerla, y así buena parte de su "Obra poética" es purísimo solaz en el que no falta la graciosa e inesperada invención idiomática desbordante de picardía popular:

Tanto me ha dicho la gente
que me voy a arrepentir!
Y yo, tan alfonsecuente
me lo he dejado decir!

Esa alfonsecuencia, ese insistir en ser él mismo, sin arrepentimientos ni desmayos, con diáfana lucidez, le permite ser sin renunciar a la propia autenticidad antes bien por insistir en ella, simultáneamente tan moderno y tan antiguo. Tan moderno en su ininterrumpida capacidad de captación de novísimos aspectos de lo literario, flexibilizándolo en modo inédito hasta convertirlo en algo insuperablemente personal que hace que cada uno de sus poemas proclame en forma inequívoca su paternidad como resplandor de su particularísima gracia. Moderno, no en el sentido de quien se desvive por estar a la moda, obedeciendo al último capricho del gusto ajeno. Eso nunca lo fue en verdad Alfonso Reyes, dispuesto a captar lo asimilable dentro de cada movimiento literario, pero sin subordinar a sus perentorias y efímeras órdenes su irreductible libertad. Moderno, o mejor sería decir actual, en cuanto se manifiesta en él, ininterrumpidamente, una juvenil disposición para la vida, sin anquilosamientos ni manías, abierto a las ráfagas de lo diverso, sin ese encono irremediable, síntoma de fatal vejez con que responden algunos a las solicitudes de lo nuevo. Se advierte en cada uno de sus poemas, que son como son, no por la imposibilidad de ser de otra manera, sino por haber resuelto su autor, en uso de su plena soberanía, que fueran así, precisamente así, y no de otro modo. Y tan antiguo, porque su doble condición ya señalada, de finísimo poeta y sagaz erudito, en ningún momento olvida sus conexiones con lo tradicional en el más noble sentido de esa manciudadísima palabra, y por eso, cada uno de sus poemas, amen de ser alfonsecuentes, resultan castellaniseguros, por estar enraizados con fuerza en lo mejor de su estirpe dilomática, y se sienten tranquilamente orgullosos en ella, sin pavoneos ni vanaglorias. Más aun:

diríase que al modo de lo llamado por la Iglesia "la comunión de los santos", cuerpo místico integrado por la unidad espiritual de los fieles, se advierte en cada uno de los poemas del mexicano, en qué altísima manera participa de lo que podríamos llamar "la comunión de los poetas", esa diversidad unificada en tiempos y lugares, en temperamentos, modos y escuelas para sostener la unidad indivisible de la Poesía. Así los vemos como se identifican con los de Garcilaso y Góngora y Lope y Quevedo, al modo de los rebaños, entreverando la diversidad de sus vellones al acudir al reclamo de los silbos de un pastor único.

Tanto por la revelación que le corresponde como poeta, como por aquella otra conquistada como erudito, Alfonso Reyes conoce el sello secreto impuesto por el idioma a todos los hombres participantes en su mantenimiento, y lo acepta como quien sabe de antemano toda la felicidad oculta en los llamados hechos fatales, pronta a entregarse a quienes no se empeñen en llevarle la contra.

Esa felicidad ya nace al comenzar la labor valiéndose, no de la rusticidad de un instrumento nunca tañido antes por nadie, sino al encontrarse entre las manos uno, en cuyas fibras perduran aun las vibraciones de las músicas más depuradas, y al acercar el oído a la concavidad de su seno, oír las resonancias lejanas, tan semejantes, tan hermanadas con las que nos bullen dentro. El comprendió desde el principio cómo la voz, en apariencia tan violentamente individual de cada poeta, se va fundiendo en la sucesiva unidad de un coro donde no serán toleradas las desafinaciones, y al pulir pacientemente su estilo, no tuvo solamente en cuenta sus propias necesidades expresivas, sino esa otra imposición más amplia, y que así como adecuaba cada uno de sus poemas para el equilibrio de la totalidad de su "Obra Poética", tenía que condicionar a ésta para formar parte de un conjunto de mayor vastedad comprensiva: el de la Poesía Castellana, que ya contaba en su país con dos áureas voces del mejor momento: la de Sor Juana Inés de la Cruz y la de Alarcón. Por eso se advierte en su canto cómo ha pedido el "la" a las voces a un mismo tiempo más agudas y más graves del con-

junto para armonizar su registro al de ellas, y es así como logra producirnos la impresión de tan particular relieve de ser un poeta del auténtico siglo de oro adelantándose a cantar desde nuestro siglo XX.

Para llegar a ello supo aprender la lección de aquellos maestros —Góngora y Lope son los de más manifiesta presencia— que unieron a las más aristocráticas exigencias formales, lo triscante del decir popular, también pulido a su modo, puesto que existe la tersura adquirida por la superficie de la piedra a fuerza de insistir sobre ella el filo deliberado de los instrumentos del artista, y aquella otra, a veces más perfecta, del canto rodado, infligida por los ciegos enviones del agua al desgastarla inmisericorde raspándola sobre la hostilidad de las otras piedras. En pocos poetas de cualquier otra época llega a conseguirse una compenetración más feliz de ambos aportes, y ello se debe, precisamente, a la vigilancia de la conciencia ordenadora. Así nos declara en su "Teoría Prosaica" con palabras que llegan con el eco deliberado de Gonzalo de Berceo:

Y junto en el alquitara
—como yo sé—
el romance paladino
del vecino
con la quintaesencia rara
de Góngora y Mallarmé.

No trata, pues, de reivindicar las supuestas facilidades de ningún sencillismo, la más artificiosa de cuantas trampas inventó la mala retórica, ni menos de entrar a saco en lo popular, como acostumbran a hacer quienes se declaran más celosos defensores de ello. Comienza el poeta por confesar su procedimiento consciente, como quien no ve en ello nada pecaminoso, y en proceder con una fórmula destilatoria al juntar en el alquitara, o alambique, los elementos considerados como materia prima, de los cuales llegará a salir el poema; y lo más increíble es que va saliendo a medida que lo dice, y tanto le sirven para ello el romance paladino directo que emplean sus vecinos, como las concentradas quintaesencias de los máximos perfumistas: Góngora y Mallarmé. O no encuentra opo-

sición entre ambos términos, o si la encuentra la utiliza enderezándola a una síntesis apoyada en ella, y para conseguirla, ambas substancias deben interpenetrarse, fluidificarse, transfigurarse mutuamente antes de lograr nueva entidad en el poema. ¿Cómo? Él se reserva entre las púas defensivas de los guiones —como yo sé— el secreto operatorio intransferiblemente ligado a su personalidad.

Su técnica puede ser un secreto a voces, porque suele ocurrir, y así es en su caso, que los tales secretos a voces se oculten precisamente detrás de lo que dicen. Puede haber un secreto no penetrado por el indiscreto que piensa estar diciendo lo más recóndito, y cuando Alfonso Reyes, como le gusta hacer en repetidas ocasiones, revela su fórmula, la revela en el momento de usarla como hacen esos prestidigitadores que a medida que desarrollan su prueba muestran —o simulan mostrar— la trampa que utilizan, como si a un mismo tiempo nos hicieran gozar de lo ilusorio y de lo real, de la apariencia y del sentido de la apariencia.

Al unir en su poema la quintaesencia literaria y la crudeza del habla popular completó la definitiva trinidad del artista formada por las hipóstasis de lo tradicional, lo personal y lo original que corresponden al pasado, presente y futuro, los tres fantasmas temporales de cuya integración puede y debe surgir lo eterno donde todo se da simultáneamente. Vista desde ese conjunto, aunque se nota en su "Obra Poética" la línea evolutiva surgiendo de las delicadezas rebuscadamente elegantes del modernismo de comienzos de siglo, enroscándose en los "loopings" metafóricos del año 25 para adquirir luego la grave serenidad de la madurez actual, la impresión más perdurable que produce es la de un conjunto armónico de graciosa arquitectura vital, donde cada escorzo expresivo suma a su recóndito valor propio, el del equilibrio proporcionado a otra actitud que a primera vista pudiera parecer desvinculada de él, pero en cuya correspondencia reside el secreto de su orden constructivo. La misma arbitrariedad se somete a un designio, y la aparente desafinación nunca deja de quedar ubicada en el sitio preciso requerido por la estructura contrapuntística. Y lo maravilloso proviene de